

¿TAN MALA ES LA MÚSICA CATALANA?

Los compositores catalanes nunca han ocupado el lugar que merecen en la programación musical de los teatros, auditorios y orquestas del país. Ni lo van a ocupar nunca, por la sencilla razón de que su música no gusta a la mayoría de gestores y promotores musicales, tanto del ámbito público como del privado. Claro, a un teatro público como el Liceu se le debe exigir atención a la creación actual, y se le exige, pero de forma tibia, porque, en el fondo, a las administraciones que lo sostienen tampoco les gusta mucho la música contemporánea. Ni la actual, ni la de antes, dada su escasa presencia. A veces, aparecen, por usar terminología útil en tiempos de crisis, algunos brotes verdes que permiten abrigar tímidas esperanzas. El Liceu, por ejemplo, incluye en su próxima temporada *LByron*, de Agustí Charles, cuando aún están recientes los estrenos de Enric Palomar y Hèctor Parra. Por su parte, la Orquesta Sinfónica de Barcelona i Nacional de Catalunya (OBC) sigue con su cuota de encargos, casi siempre partituras de pequeño formato, que no duren mucho, quizá para no aburrir demasiado al respetable... y a los músicos de la orquesta, que de todo hay en la viña del Señor. Los elegidos para la próxima temporada son Ramón Humet, Salvador Brotons, Josep Maria Guix y Enric Palomar. No es mucho, teniendo en cuenta que la OBC ofrece 33 programas, pero menos da una piedra. Además, este año hay un ligero aumento, otro brote verde, en la presencia de autores catalanes, con cuatro obras de Robert Gerhard y páginas de Eduard Toldrà, Xavier Montsalvatge y el recientemente desaparecido Francesc Taverna-Bech. ¿Es suficiente? Sinceramente, no. Los músicos catalanes, en especial si están vivos, deberían tener un protagonismo mucho mayor,

una presencia regular, más allá del encargo puntual. ¿Alguien piensa repasar algún día la lista de obras y autores que han recibido el Premio Ciutat de Barcelona y que, tras su estreno, no han vuelto a sonar nunca más. Si son buenas, ¿por qué no se programan? Y si no lo son, entonces, ¿por qué fueron premiadas? ¿Para cubrir el expediente? Fuera máscaras: si no hay más música y músicos catalanes en nuestros teatros y auditorios es por que sus responsables artísticos no la programan, y nadie a nivel político les pide cuentas. Ni más, ni menos. Podríamos discutir mucho sobre los motivos de esta actitud, y hemos de reconocer que nunca ha sido fácil casar una política cultural ambiciosa con buenos resultados económicos en taquilla. Pero un poco más de compromiso con la creación propia no estaría de más. Hay que destacar en la próxima temporada el esfuerzo de una orquesta privada como la Simfònica del Vallès, apostando por Jordi Cervelló como compositor residente. También hay que aplaudir la programación de una obra de Benet Casablancas en el ciclo Palau 100, hasta la fecha bastante reticente a programar autores catalanes. También hay que elogiar el ciclo de música y músicos de Cataluña que Euroconcert organiza desde hace 19 años. Hay, por supuesto, más obras catalanas en otros ciclos del Auditori, el Palau y otros escenarios. Pero, si miramos la oferta musical en su conjunto para la temporada 2010-2011, vemos que la música catalana, sus autores e intérpretes, son casi una anécdota, programada con calzador, sin convicción en su valor, como si no hubiera otro remedio. ¿Tan mala es la música catalana?

Javier Pérez Senz